



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 14

CT 115 ÉTICA TEOLÓGICA

Míguez Bonino, José. “Bienaventurados los hacedores”. En *Ama y haz lo que quieras. Hacia una ética de la nueva humanidad*, 99-112. San José: Universidad Bíblica Latinoamericana, 2006.

Publicación de la Editorial SEBILA de la Universidad Bíblica Latinoamericana.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

CAPITULO 5

Bienaventurados los hacedores

Un perspicaz visitante señalaba hace ya varios años la paradójica situación de Argentina, un país dotado de abundantes recursos naturales y humanos y que parecía sin embargo presa de una extraña parálisis que le impedía proyectarse hacia un futuro más pleno. Sus palabras suenan aún con total actualidad: "El argentino es una persona admirablemente dotada que no se entrega a nada, que no ha sumergido irrevocablemente su existencia en una cosa distinta de él." Le hace falta a la Argentina "una minoría enérgica que suscite una nueva moral en la sociedad, que llame al argentino a sí mismo... y lo fuerce a vivir verdaderamente, a brotar de su riqueza interior en vez de mantenerse en perpetua deserción de sí mismo." Otros han advertido también el escepticismo que campea en muchas manifestaciones populares y del que se hacen eco canciones populares: "El mundo fue y será una porquería", "Si soy así, que voy a hacer", o en frases cínicas: "El que se mete a redentor siempre sale crucificado". "¡En este país no se puede hacer nada!", y otras muchas.

Aunque este fenómeno parezca muy marcado en Argentina, el talante que manifiesta es un hecho universal: es la fatiga y el cinismo que resultan del carácter aparentemente refractario de la realidad humana, que parece no responder al esfuerzo ético. La Europa de pos-guerra lo calificó de nihilismo. Alguien reunió algunos de sus lemas: "No hay sentido en ocuparse de causas grandes. No dan ningún resultado y al final uno paga los platos rotos." "Tal vez algún día las cosas vayan mejor, pero

¿cuándo?". "Lo único que importa es mantenerse a flote." Ciertas formas de filosofía parecen desembocar en la misma posición. Y la propia Biblia no desconoce ese aspecto de la experiencia humana: el libro de Eclesiastés está todo él impregnado del sentimiento de la inutilidad de todo esfuerzo humano. "Vanidad de vanidades, todo es vanidad." Y más gravemente aun, toda la literatura apocalíptica, del Antiguo y del Nuevo Testamento, pronostica un incremento del mal que, lejos de irse desvaneciendo, va reuniendo sus fuerzas hasta la batalla final. Del otro lado de esa batalla está la victoria definitiva del Reino, pero más acá de ella no hay progreso sino creciente injusticia, opresión, destrucción y engaño.

En vista de todo esto, no es insensato preguntar: ¿tiene sentido la acción moral? ¿No estarán más acertados los que ven este mundo y su historia como un lamentable episodio que es necesario pasar lo mejor posible para ingresar a otro mejor -si se tiene fe- o como la última comida del condenado a muerte, que hay que disfrutar lo mejor que se pueda, pero que carece de sentido y futuro? Es significativo que, ni Eclesiastés ni Apocalipsis, con su visión escéptica o trágica del mundo, concluyen en futilidad o cinismo. El primero concluye con una exhortación a vivir sabiamente. El segundo, a perseverar porfiadamente en el bien y la fidelidad. ¿Cómo es eso posible? ¿Qué significado tiene la acción ética? ¿Qué futuro? ¿Qué espera lograr? ¿Qué puede lograr?

Ni cinismo ni optimismo ingenuo

Las preguntas que planteamos en el párrafo anterior nos obligan a recordar el panorama de la historia humana que esbozamos en el capítulo precedente. El punto de vista cristiano acerca de la historia humana es dramático. No se trata de un progreso automático que conduzca armónicamente a un estado ideal. El ser humano no es un ser inocente o simplemente racional a quien basta enseñar y colocar en la senda del bien para que naturalmente se dirija hacia su buen destino. Ni siquiera el cristiano queda librado del poder destructor y seductor del mal. La historia, por el contrario, es el campo de combate del propósito bueno y

saludable de Dios y las fuerzas de la destrucción, del caos, de la opresión, de la anti-justicia y la anti-paz. Y el cristiano conoce esas fuerzas porque experimenta cada día en sí mismo ese combate, del cual nunca sale en esta vida definitiva y totalmente vencedor.

El resultado final de ese combate no está en duda. Lo que el mal ya no pudo hacer -derrotar el propósito de Dios reteniendo en la muerte a Jesucristo- no lo podrá hacer más. Su suerte está echada. El mal no tiene futuro. En este sentido la fe cristiana es total e irrevocablemente optimista. Pero esa victoria no es inmediatamente visible ni experimentable: es objeto de fe, de confianza, y de la acción que se atreve a basarse en esa confianza, a vivir en términos del Reino venidero. Esta situación, que ejemplificábamos en el capítulo anterior con algunas figuras, constituye el marco de referencia del cristiano. Ni cinismo ni optimismo iluso, sino realismo y esperanza: consciencia de la lucha, sobriedad en la apreciación de las propias posibilidades y seguridad inquebrantable en la promesa.

Señalábamos en el capítulo anterior tres consecuencias de esta situación. La actitud del cristiano está caracterizada por la esperanza, la inadaptación al estado actual de cosas y la anticipación del futuro. Es necesario subrayar dos aspectos de estas indicaciones.

1) Más de una vez se ha dicho que la esperanza cristiana en la vida eterna o en un reino venidero mina los esfuerzos por cambiar las condiciones de este mundo. Por un lado, el cristiano se concentra en las cosas por venir, olvidando o menospreciando las presentes. Se ausenta del mundo, afectiva y psicológicamente, y le resta su esfuerzo. Su "ciudadanía" está en otra parte y considera este mundo como un simple lugar de tránsito al que hay que darle la menor atención posible. Por otra parte, convencido que lo único perdurable es el alma, se desentiende de los problemas de orden social: la figura del creyente que le habla de religión a un ser humano hambriento es casi un cliché en la denuncia de esa ultramundanalidad. Finalmente, la Iglesia ha mantenido al pueblo en sumisión, exhortándole a obedecer y continuar sometido a las condiciones más intolerables, con la promesa que "en otra vida" serían

recompensados por sus desventuras. La esperanza del Reino y de la vida venidera serían, pues, los enemigos de la acción ética presente.

Debemos admitir honestamente y con pesar cuánto hay de verdad en las acusaciones a los cristianos. Las críticas que se han mencionado tienen suficiente veracidad como para invitarnos a la reflexión y el arrepentimiento. La conciencia de que así es, cala cada vez con mayor profundidad en el pueblo cristiano. Muchas iglesias han reconocido públicamente su ceguera e inercia, su debilidad en la lucha por una vida mejor para el ser humano, su injustificado menosprecio de la vida corporal y terrenal. Al mismo tiempo, el pensamiento teológico ha ido redescubriendo la importancia de lo corporal y terrenal en el pensamiento bíblico. Nos damos cuenta que lo que llamamos en el capítulo anterior el estrechamiento individualista y el estrechamiento espiritualista son deformaciones del pensamiento bíblico. Además, los estudios bíblicos nos muestran que la idea de la inmortalidad del alma -con su consiguiente desprecio de la vida corporal ya en el presente- es ajena al testimonio de la Escritura. La visión cristiana del futuro contempla "un Cielo nuevo y una Tierra nueva", una resurrección corporal (si bien con una corporalidad distinta a la presente), en síntesis, una vida futura concreta y comunitaria -algunos dirían incluso temporal- y no el descarnado mundo de almas que tantos estragos ha hecho en la conciencia moral cristiana.

La conciencia de esta falla ha llevado a algunos cristianos a menospreciar la importancia de la esperanza cristiana, o simplemente a declararla irrelevante. Se dice que no interesa la vida futura ni el mundo por venir; lo que el cristiano debe hacer es simplemente ocuparse por mejorar el presente, por vivir en amor su vida terrenal. Lo demás es especulación, o no interesa. Nos parece que esta actitud es igualmente equivocada, tanto desde el punto de vista de la interpretación de la fe cristiana como del de la ética. Por el contrario, nos parece que sólo una adecuada consideración de la esperanza cristiana provee la visión, el estímulo y la fundamentación de una ética verdaderamente activa y transformadora. Sin entrar en profundidad en este tema quisiéramos hacer dos breves observaciones.

a) Ha sido un marxista, Ernst Bloch, quien ha señalado en los últimos años con singular brillantez la importancia ética del "principio de la esperanza" que tiene sus raíces en la herencia hebreo-cristiana.³³ No niega que, transformado en especulación metafísica o en magia sacramental -no olvidemos que su visión no es la de un creyente- ha tenido consecuencias negativas. Pero insiste en afirmar que en esa visión esperanzada del futuro reside la fuerza motivadora de una verdadera vocación revolucionaria. La esperanza del Reino, nos parece, es una dinámica generadora de transformaciones en la sociedad en cuanto mantiene ante los ojos del creyente la visión de un mundo nuevo donde ha de reinar la verdadera justicia y la verdadera paz, esa visión de plenitud total de la que hemos hablado anteriormente. Quien ha tornado consciencia profunda de ella, no puede conformarse con ninguna situación existente. Como lo ha expresado bellamente un teólogo contemporáneo: "El aguijón del futuro punza la carne de todo presente no cumplido." El ciudadano del Reino por venir es por lo tanto un "rebelde" en cualquier situación estática. Su actitud es permanentemente "revolucionaria" en cuanto mira críticamente todo orden social, midiéndolo a la luz del Reino que aguarda. Esta disconformidad no es, sin embargo, anárquica -una simple rebeldía destructora- porque la visión del Reino da pautas de la clase de sociedad que buscamos. El metro para medir toda sociedad, y por lo tanto la visión para transformarla, están dados en la índole de vida, de relaciones, de condiciones del Reino que esperamos.

Esta realidad aguardada no es para el creyente solamente futuro. La ha experimentado como vida nueva, como libertad y gozo, en su propia vida. Aunque esa experiencia es ahora limitada e imperfecta, es sin embargo real. Lo "nuevo" no es para él una simple utopía: lo nuevo le ha acontecido. El creyente conoce a Dios como quien es capaz de crear cosas nuevas, de abrir puertas aparentemente clausuradas, de superar las barreras de la muerte misma. Ese poder, del cual vive, lo sabe universal y soberano. Y por consiguiente se puede atrever a "jugarse la vida" por cosas que aún no son, por realidades que parecen imposibles, pero que el cristiano sabe que corresponden al Reino cuya poderosa presencia en Jesucristo él ha pre-gustado ya en su propia vida en la comunidad de fe. La experiencia de la salvación, lejos de ser un narcótico, es un

estimulante: el cristiano no puede conformarse con menos que la plenitud de la vida “a la que le ha tomado el gusto”. Y esa plenitud significa la transformación de todas las cosas según el gobierno justo y bienhechor de Dios.

b) ¿Qué acerca de la vida eterna, la confianza repetidamente expresada en el Nuevo Testamento de que quien muere en Cristo no queda separado de su comunión? Hemos dicho que la idea de la inmortalidad del alma no es específicamente cristiana. Pero sí lo es la afirmación de la continuación de la vida personal más allá de la muerte. ¿No es ésta una especie de compensación que debilita para la lucha en esta vida? Aunque hemos de reconocer que lo ha sido para muchos, especialmente a causa de una falsa interpretación de su significado, nos parece que puede ser el más poderoso estímulo para la acción.

En fe, el cristiano ha dejado su muerte atrás; en esa medida, no tiene por qué esforzarse en asegurar su vida; hay, por lo tanto, una disponibilidad que no se deja limitar por la amenaza que en otras circunstancias parece insuperable -la muerte. El cristiano puede arriesgar la vida. Muchos lo han hecho (¡no siempre por las mejores causas!) También lo han hecho no-cristianos, movidos a veces por un amor que los creyentes no podemos sino admirar y alabar a Dios por él. Se trata aquí, sin embargo, de tomar conciencia de la libertad de entrega de quienes saben que "ni la muerte... puede separarnos del amor de Dios que es en Cristo". La fuerza de este argumento no ha de probarse en discusiones sino en las vidas cristianas que realmente se expongan -el nombre de Martin Luther King salta de inmediato a la memoria- para lograr una vida mejor para los demás.

Todos los procesos de transformación social, aún los llamados “no violentos”, son costosos: hay personas que se sacrifican para lograr los niveles de desarrollo e industrialización que permitan una mejor vida a generaciones futuras. Es elemental que tales sacrificios sólo pueden exigirse cuando se lo hace con justicia -para todos. Los cristianos deberían demostrar su "disponibilidad" siendo los primeros en superar

incluso lo exigido, en pagar de sí -de su comodidad, de sus posiciones, de su trabajo, de su misma vida- el precio de la transformación. Pero hay más: está el sacrificio exigido a quienes no pueden comprenderlo, a quienes no conocerán otra vida que el dolor, la pobreza, y finalmente la muerte. Es difícil ver cómo una simple apelación al bienestar de generaciones futuras, a la solidaridad con la raza o la clase o la nación puedan resolver adecuadamente este problema, a menos que se disuelva la existencia personal en un mero colectivismo, al que apenas le queda entonces sentido humano. Cuando Dostoiewsky -sin duda un hombre a quien no puede tacharse de reaccionario- dice que todas las conquistas sociales del mundo no pueden compensar una lágrima de un niño, da expresión a una realidad moral profundamente humana y cristiana. No hay compensación por una existencia personal; no es simplemente un "costo" que pueda compensarse con otras "ganancias". Sólo una fe que trasciende la muerte puede asumir responsablemente la terrible decisión de transformaciones indispensables, pero costosas. Comprendemos que éste es un argumento peligroso, fácilmente tergiversable. Pero a la vez nos parece un elemento ético decisivo en toda consideración de la realidad en la que vivimos.

2) Las últimas observaciones han introducido ya el tema del sufrimiento inherente a la acción ética. Para el cristiano es éste un hecho inevitable y significativo. Sus raíces se hunden en la propia naturaleza de la vida cristiana y su relación con Jesucristo. Ser creyente significa, en efecto, participar en el movimiento del amor que trajo a Jesucristo a compartir la vida humana, despojándose de su poder y gloria, asimilándose a la fragilidad, la tentación y aún la culpa de los seres humanos, y finalmente entregando su vida en la cruz. No es una mera "imitación", sino la participación en la suerte del amor solidario, lo único que realmente puede crear la posibilidad de nueva vida para el ser humano. Por eso Pablo no vacila en mencionar sus propios sufrimientos, tanto interiores y espirituales como materiales, como su participación en "lo que aún queda por llenar de los sufrimientos de Cristo". No es que falte algo a lo que Cristo hizo, sino que El abrió una forma de servir a los seres humanos en la que el apóstol entra, pagando el precio, o como lo dice Jesús mismo, "tomando su cruz".

No cualquier sufrimiento tiene este carácter, se trata de aquél que brota de la toma de responsabilidad por los otros en amor, del darse: "Nadie tiene mayor amor que este, que alguien ponga su vida por sus amigos" -o como bien lo comenta Pablo, -por aquellos a quienes ama, pero que aún se consideran sus enemigos. Es el sufrimiento inmerecido que viene apareado con el servicio. ¿Por qué ha de ser así? La respuesta es muy simple: vivimos en un mundo que ha vuelto la espalda al amor, el mundo de la injusticia, el mundo que acepta las pautas y normas del anti-Reino. Quien pretenda (¡cristiano o no!) introducir en su vida y acción la forma de vida que corresponde a la verdadera humanidad, la justicia y la paz del Reino, andará inevitablemente "de contramano", contra la corriente, "intolerablemente". El mundo viejo resiente la presencia de este cuerpo extraño y pugna por eliminarlo. A veces lo logra -y entonces el cristiano alcanza la consumación de su solidaridad con Cristo: ser "testigo hasta la sangre".

Debemos cuidarnos de entender bien lo que está aquí en juego. No se trata de la auto-flagelación que halla en el sufrimiento un fin en sí mismo, con supuestos resultados meritorios o de purificación. Es que ser discípulo es alistarse en un conflicto que arrecia aún, por más que su resultado sea ya evidente a la fe. Compartir la suerte del Capitán, "ser hallados dignos de sufrir con Cristo" y "por él", de colocar el cuerpo y el alma, la vida entera, a su lado en el combate, es el mayor gozo que pueda tener el soldado. Compartir la victoria, participar en el cortejo triunfal no es un hecho aislado, que se "compra" con el sufrimiento anterior; es parte de aquella misma participación, de haberse hecho uno -no, ¡de haber sido hecho uno!- con el Señor. Y la victoria y el cortejo triunfal son el triunfo del propósito de amor, la consumación del Reino del cual depende la esperanza de todos -vencedores y vencidos. El triunfo de Dios no es otra cosa que el bien de los seres humanos. Por él, con Cristo el creyente estará gozoso de pagar el precio.

La relatividad y la promesa de la acción

Debemos regresar brevemente a las preguntas con las que iniciamos el

capítulo. ¿Vale la pena esforzarse? Ya vimos que el cristiano evita tanto un cinismo paralizante como un optimismo ingenuo. La visión del Reino, la seguridad de la vida eterna le impiden hacerse ilusiones acerca de lo que su acción puede obtener a la vez que lo impulsan a lograr lo que efectivamente sea posible en la dirección del Reino. Esto significa necesariamente acciones incompletas e imperfectas. ¿Pueden hacerse tales acciones en conciencia? ¿Qué relación tienen con el Reino?

1) Toda acción que realizamos tiene un doble efecto: por una parte muestra a los demás, revela a los demás lo que somos; por otra, obtiene ciertos resultados. Un pedazo de pan dado a un hambriento manifiesta mi interés por él y sacia su hambre. Tanto el carácter demostrativo como el eficaz de un acto moral tienen importancia: un acto puramente demostrativo, que no se preocupara del resultado efectivo de la acción, sería finalmente una mentira; lo contrario, sería impersonal e inhumano. La medida de efectividad y demostratividad de una acción varían según los casos. Pero ambas cosas están limitadas por varios factores. El primero son los medios disponibles: tiempo, dinero, influencia, estructuras y otros. Puedo utilizar algunos, crear otros. Pero en todo caso, dependo de esos medios. Sería bueno, tal vez, que todo joven tuviera educación secundaria y universitaria. Pero los países latinoamericanos no podrían hacerlo -aún cuando concentraran en ello todos sus recursos. Sería deseable que los cursos escolares fuesen de grupos de 10 a 15, atendidos por maestros que pudieran consagrarles todo su tiempo. Pero tal cosa está fuera del alcance de nuestra sociedad. Utilizar los recursos en una cosa significa restarlos a otra cuando no pueden aumentarse más. Hay medidas de emergencia que deben tomarse hasta tanto puedan realizarse transformaciones más fundamentales. Este tipo de limitaciones las experimentamos en la vida personal tanto como en la sociedad. Sólo puedo hacer y demostrar lo que permitan los medios a mi alcance.

Mi acción está igualmente limitada por mi conocimiento. ¿Qué será mejor a largo alcance, permitir que mi hijo falte mañana a la escuela para evitar la compulsión y rigidez que tanto mal han hecho a algunos, o exigirle que concurra para ayudarlo a comprender la disciplina inherente a una vida verdaderamente humana? Aquí debo poner en juego lo que sé

acerca de mi propio hijo, de sus características y motivaciones, lo que conozco de psicología de la persona, lo que puedo anticipar de la clase de vida y contribución humana que le corresponderá. ¡Es tan imperfecto mi conocimiento de todas estas cosas! Si debiere posponer mis decisiones hasta tener un conocimiento cabal de todos los factores, me condenaría a la esterilidad. Siempre actuamos un poco a ciegas.

Finalmente, están mis propias motivaciones: ¿estoy ayudando a esta persona a resolver su problema matrimonial porque tengo verdadero interés en él o porque me satisface la sensación de poder y dominio de tener en algún sentido su vida en mis manos? ¿Castigo a mi hijo por amor o por despecho? ¿Me integro a la lucha por reivindicaciones o transformaciones sociales por amor del Reino a por resentimiento? Muchas veces percibimos la ambigüedad de nuestras motivaciones, incluso su hipocresía en ciertos casos. Otras veces no somos conscientes de ello. Pero esa duplicidad o complejidad de motivaciones existe casi siempre.

Hemos de admitirlo: nuestra acción es imperfecta en su concepción, en sus medios, en su motivación. Difícilmente podemos hacer un bien sin dejar otro mayor por hacer o sin provocar algún mal: rara vez beneficiamos a alguien sin perjudicar a otro. Todos pensamos enseguida en los casos extremos de la guerra y la violencia. Pero las mil violencias que hacemos diariamente al elegir a quiénes ayudaremos (y por lo tanto a quiénes no ayudaremos), en qué cosas nos ocuparemos (y por lo tanto de cuáles nos despreocuparemos) y otras mil cosas, son igualmente reales e inevitables. Aguardar los medios, el conocimiento, la acción y la motivación ideales es condenarnos a la inacción -y las consecuencias de la inacción (que se miden en las posibilidades que hubieran podido efectivamente realizarse) son aún más graves. Fue ante esa tímida escrupulosidad que Lutero escribió a Melancton las palabras que han sido a menudo tan mal interpretadas: *Pecca fortiter* -peca sin temor- y añadió: *sed fortius crede* -pero ten confianza aun con mayor vigor. Creer es atreverse a entrar en el reino ambiguo de la acción, conscientes de los errores y las fallas que hemos de cometer, pero confiados en el amor de Dios. El cristiano no entra a la lucha ética a fin de asegurarse con su

acción la buena voluntad divina; lo hace seguro de esa buena voluntad a fin de servir lo mejor que pueda a su prójimo. Sus fallas están de antemano cubiertas por el perdón de Dios -lo único que Dios no tolera es el egoísmo que rehúsa el servicio por temor de mancharse porque eso es falta de fe. La ambigüedad de la acción moral no es óbice para quien confía en el amor de Dios. Esa es la fuente de la libertad del creyente.

2) Esa acción, sin embargo, envuelta en la ambigüedad, ¿tiene sentido en vista del Reino futuro? Frente al blanco absoluto del Reino ¿no son grises todos nuestros blancos? y ¿tiene sentido distinguir matices de gris? ¿Para qué preocuparnos por mejorar la vida en este mundo si no podremos perfeccionarla, y de todos modos ha de ser finalmente eliminada?

La primera respuesta del Nuevo Testamento es que la vida sobre este mundo tiene sentido porque es aquí donde el ser humano puede escuchar el anuncio del Evangelio y abrirse a la nueva humanidad que se le ofrece en Jesucristo. Por eso, dice la primera epístola a Timoteo, debemos pedir y desear una vida justa, ordenada, de paz, entre los seres humanos. Dios quiere que los seres humanos vivan una vida humana, que este mundo sea un mundo habitable -a fin de que reciban el anuncio de la promesa. Hacer habitable el mundo es participar en la acción de la providencia y el cuidado de Dios. Y éstos son parte de la misma acción redentora que alcanza su plenitud en el Reino.

El Reino es, sí, la destrucción y eliminación de "este mundo" en cuanto es un mundo en injusticia, en guerra, en rebeldía, en cuanto es un mundo anti-humano, en cuanto es el anti-Reino. Pero es también la perfección y trasmutación, la plena realización de todo lo que es justicia, paz y verdadera vida; es la plena iluminación de las señales que cristianos y no cristianos han podido, por el poder de Dios, erigir ya aquí, de la verdadera vida. Todo lo que aquí tiene significado, por más imperfecto que sea, es rescatado en el Reino. Por eso dice Pablo que, cuando la fe y la esperanza ya no tengan lugar, porque habrá venido la realidad evidente, *el amor no dejará de ser*, porque constituye la calidad de existencia misma del Reino. Todo lo que el amor construye, por lo tanto, tiene permanencia. Es eso lo que Jesús enseña en la parábola del juicio final:

no es una recompensa artificial por actos de misericordia. El pan al hambriento y el agua al sediento, el auxilio al despojado, al encarcelado, al enfermo, son la calidad de vida que tiene su futuro y realización en el Reino -quienes la realizan se comprometen en la acción del propio Jesucristo, pertenecen ya al Reino. Cuando éste se manifieste, también quedará manifiesta su participación en él. La lucha contra la enfermedad y la miseria, la provisión de un espacio físico y moral en el que los seres humanos puedan vivir como tales, no carecen de significado: son prolongados, perfeccionados, manifiestos en el Reino. Quedan muchas preguntas por resolver al respecto. Pero esta afirmación central concede significación a la acción moral, aún imperfecta, que está ya a nuestro alcance.

No podemos concluir estas reflexiones sin una referencia a lo que la ética teológica tradicional llamaba "los deberes para con Dios". En el Antiguo Testamento los mandamientos se inician con el de adorar exclusivamente a Dios, no hacerse imágenes ni adorarlas y guardar el día de reposo. Y al resumirlos, Jesús no omite la intimación del Levítico: "Amarás a Dios por sobre todas las cosas. . ." Aquí la ética solía hablar de la oración, el culto, incluso -especialmente la ética católica- la frecuentación de los sacramentos. ¿Forma todo esto parte de la ética cristiana?

Es posible que tanto quienes lo incluirían como los que hoy lo excluyen yerren de la misma manera. No se puede negar que más de una vez se han explicado estos "deberes" como acciones independientes, significativas en aislamiento, separables del resto, una "primera tabla" de la ley, que luego es complementada por la segunda. De ello se derivaba la discusión acerca de la prioridad de estos deberes, los posibles conflictos entre las dos "tablas" y la preeminencia de los deberes religiosos. La legítima protesta contra tal preeminencia -basada en muchos pasajes proféticos y de Jesús mismo- a menudo aceptó sin examen la separación que los primeros habían establecido. En base a ella formuló su posición: el único servicio legítimo es el del prójimo. A Dios no le interesa el culto sino la justicia; el amor al prójimo es la mejor oración; el servicio a los pobres es una comunión, pues éstos son sacramento de la presencia de Cristo.

Lo que habría que poner en tela de juicio es la separación presupuesta en ambas alternativas. ¿Es la primera parte de los mandamientos una serie de “deberes religiosos” o es la descripción del pacto con Dios en el que el pueblo de Israel entra y que se manifiesta en la clase de relaciones que la segunda parte prescribe? Separarlos es como separar las promesas matrimoniales de la vida diaria del matrimonio. El amor a Dios no es “otro precepto” además -del amor al prójimo: es la relación de pacto con Dios en la que el prójimo y todo lo que él representa queda involucrado indisolublemente. Si esto es así, es absurdo pensar en el cumplimiento de deberes religiosos previos, separados o independientes. Es esta corrupción lo que los profetas y Jesús condenan acerbamente. Pero es igualmente absurdo desprender del pacto con Dios la calidad de acción que corresponde al pacto. Carente de fundamento y sentido, esa acción se marchitará o buscará algún otro fundamento ideológico o filosófico (¡con la consiguiente modificación de su sentido!) No hay amor del prójimo sin que yo sepa quién soy yo y quién es mi prójimo; no hay lucha por la justicia sin motivación y meta. Y para el cristiano sólo en el pacto con Dios, en la libre y comprometida relación con Él, sé quien soy yo y mi prójimo, qué es la justicia y hacia dónde marcha la humanidad.

Esta relación con Dios es concreta, total y comunitaria. Y por lo tanto necesita y utiliza medios de expresión y realización que corresponden a nuestra naturaleza corporal, histórica, comunitaria. Dios nos ha dado esos medios y los ha dotado de significado: la Biblia, la oración, el agua del bautismo, el pan y el vino, la comunión fraternal -éstos son las señales visibles del pacto. Por ellas recuerdo y aprendo de nuevo cada día quién soy, quién es mi prójimo, qué es el Reino, quién es Dios. Rechazar las señales es como pretender amar a mi prójimo sin verlo, sin conocerlo, sin servirlo en su corporalidad, amarlo en algún rincón de mi ser interior. El amor a Dios sin culto es como el amor al prójimo sin servicio -cuando menos un engaño propio, frecuentemente una farsa.

Es necesario decir una cosa más, y decisiva para la ética cristiana. Tal vez será lo mejor hacerlo en las palabras de la epístola a los Colosenses. El capítulo dos se abre con un llamado a la nueva vida que Dios ha hecho posible en la muerte y resurrección de Jesucristo. De allí brota la

exhortación ética a la clase de existencia diaria que corresponde a esa vida, la nueva humanidad en que las distinciones de cultura, clase o raza han desaparecido. Más adelante se analizan las relaciones (marido/mujer; padre/hijo; patrón/esclavo) y la conducta que corresponde al cristiano. Y en el medio irrumpe esta extraña exhortación "religiosa".

Que la palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose unos a otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón, salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por él. (vv. 16-17)

Aquí no hay separación de esferas -todo queda bajo la señal de la nueva criatura: todo en el ámbito de la gratitud gozosa a Dios, todo en la esfera de la soberanía de Jesucristo. La vida de la congregación se prolonga en las relaciones sociales diarias. Y éstas se nutren de aquélla, donde la Palabra de Cristo, la alabanza de Dios, la mutua exhortación y reprensión hacen presente la dirección y el poder del Espíritu Santo, sin el cual no hay ética cristiana. Porque sabemos que "la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado."